SUEÑOS DE LUNA

Leo Mazzola

Quedan prohibidos la reproducción total o parcial de este libro, la incorporación a un sistema informático, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del autor/editor. La infracción de los derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

**SUEÑOS DE LUNA**

**©** Todos los derechos reservados

**Autor: Leo Mazzola**

<http://www.leomazzola.com/>

<https://www.facebook.com/leo.mazzola.96>

<https://twitter.com/LeoMazzolaE>

[https://plus.google.com/+LeoMazzola/posts/p/pub](https://plus.google.com/%2BLeoMazzola/posts/p/pub)

**Diseño de portada: Maialen Alonso**

<http://maialenalonsooficial.blogspot.com.es>

<https://www.facebook.com/maydesingsbooks>

<http://maialonso34.wix.com/maydesings>

**Maquetación: Maialen Alonso**

1ª Edición: Agosto, 2018

ISBN-13: 978-1717897312

ISBN-10: 1717897312

(Portada novela)

*Nuestros complejos son la*

*fuente de nuestra debilidad;*

*pero con frecuencia, son también*

*la fuente de nuestra fuerza.*

**Sigmund Freud** (1856 – 1939)

Médico neurólogo austríaco,

considerado el fundador del psicoanálisis.

**CAPÍTULO I**

De nuevo Sergio se encontraba allí, en la clínica de terapia psicológica que se había convertido en su segundo hogar. Dentro de poco se cumplirían dos años desde que comenzó el tratamiento, muy intensivo al principio con dos sesiones por semana, que fueron reduciéndose paulatinamente hasta convertirse en la actual visita mensual.

Apenas faltaban veinte días para ese nefasto aniversario. El calendario jamás tiene clemencia, inexorablemente te obliga a recordar, a visualizar la escena, a inundarte de dolor. Sientes un escalofrío en tu cuerpo y aprietas fuertemente los puños para impedir que tus manos evidencien su temblor. Los ojos muy abiertos, inundados de un mar de sal, evitando que parpadeen para que las lágrimas no rebosen de los párpados y resbalen por las mejillas. La mirada buscando anhelante un punto de atención donde distraer la angustia, donde esconder la desazón.

Esta cita no estaba programada. La secretaria de Jaime Rubio, su psicólogo, le había llamado a los pocos días de su última sesión para concertar una nueva visita, sin darle ninguna explicación sobre los motivos. Él tampoco preguntó, aunque sospechaba que quizá tuviera que ver con los sucesos que le había relatado en esta última ocasión. Había advertido su cambio de semblante, más evidente aun cuando le confesó que le ocurría desde unos meses atrás, y que si lo había omitido hasta ahora era porque no lo había considerado relevante. El psicólogo intentó disimular su expresión de disgusto ante esta falta de sinceridad, o quizá de confianza.

—Ya puede pasar señor Fonseca —le indicó la secretaria.

Sergio asintió con la cabeza y se levantó aliviado del cómodo sofá de color blanco de la sala de espera. Al menos durante los próximos minutos distraería su atención en otros menesteres, aunque la sombra de ese trágico recuerdo continuaría ahí, a su lado, acechándole con indolencia, esperando su ocasión para torturarlo una vez más.

—¡Hola Sergio! Pasa y siéntate —le saludó el psicólogo levantándose de su sillón detrás del escritorio y acercándose a él.

—Buenas tardes, Jaime —le contestó correspondiendo al saludo y estrechándole la mano.

—Imagino que te habrá sorprendido mi llamada antes de la próxima cita que habíamos convenido.

—Pues sí, no lo esperaba.

—En realidad ha sido idea del doctor Viñals. Quiere verte ahora.

—¿Va a cambiarme la medicación?

—Eso lo ignoro. Como tú sabes, Sergio, él es el director de esta clínica, y como psiquiatra es el máximo responsable de tu terapia. He advertido cambios significativos en tu evolución y los he puesto en su conocimiento. Después de esa reunión que mantuvimos, él ha considerado conveniente modificar tu tratamiento.

—¿Qué cambios? ¿En qué sentido quiere modificarlo? —respondió Sergio con un gesto de incredulidad.

—Lo mejor es que él te lo explique directamente.

Sergio enmudeció durante unos instantes. No estaba preparado para algo así. Había imaginado que quizá el psicólogo quisiera tener una nueva sesión con él sin esperar a su cita periódica mensual, probablemente para profundizar en las novedades que le había confesado, pero en absoluto se esperaba esto.

Jaime observó el semblante de consternación de Sergio, y su sorpresa también. Intentó tranquilizarle:

—Ya sabes que nuestra pretensión es ayudarte de la mejor forma posible.

—Supongo que sí —contestó lacónicamente.

—Quizá sea el momento de iniciar una nueva etapa.

—Pero… ¿a qué te refieres exactamente? —le increpó.

—Por deferencia al doctor Viñals prefiero no anticiparte nada. Una vez él te lo haya expuesto puedes volver a hablar conmigo si lo estimas necesario.

—Como quieras —respondió Sergio sintiendo como si un vacío se abriera ante sus pies.

El psicólogo cogió el teléfono y marcó una extensión interna.

«*Tengo aquí a Sergio Fonseca… Muy bien, ahora le digo que vaya a verte*»

—El doctor te recibirá ahora —dijo Jaime levantándose de su asiento y rodeando el escritorio con la pretensión de acompañarlo.

—No hace falta, sé dónde está su despacho —se anticipó Sergio visiblemente molesto por la situación.

El psicólogo detuvo su movimiento y sus labios se entreabrieron, pero de su boca no brotó palabra alguna. Instantes después, mientras Sergio se dirigía a la puerta, le dijo:

—Ya sabes que me tienes aquí para lo que necesites.

No respondió. Abrió la puerta y la cerró suavemente tras él. Tenía una sensación extraña que en ese momento estaba intentando procesar. Se sentía como traicionado, y también desamparado ante una nueva situación que no había podido predecir. Le había costado mucho conseguir una cierta estabilidad, y la rutina le había ayudado a ello, pero por otra parte sentía miedo hacia cualquier cambio. Toda novedad le producía inquietud.

Lentamente se acercó a la puerta del despacho de su psiquiatra. Respiró hondo y la golpeó suavemente con los nudillos. Esperó hasta que escuchó «pase» y la abrió.

—Buenas tardes señor Fonseca. Siéntese por favor —le dijo el doctor sin levantarse de su asiento.

Sergio obedeció en silencio. Cuando ya había ocupado un sillón frente a la impoluta mesa de despacho, el médico continuó:

—Imagino que Jaime le habrá expuesto los motivos de mi interés por tener una reunión con usted.

—La verdad es que no ha sido nada explícito. Simplemente me ha dicho que usted deseaba verme para efectuar una modificación en mi tratamiento. No ha querido anticiparme nada.

—Bien, quizá sea mejor así.

Durante unos segundos el doctor observó el rostro de su paciente advirtiendo su inquietud. Sergio a su vez también le miraba fijamente a los ojos deduciendo que con esa pausa su psiquiatra estaba valorando la mejor forma de exponerle lo que tuviera que decirle.

Instantes después el médico continuó:

—Como bien sabe señor Fonseca, usted lleva ya mucho tiempo acudiendo a nuestra clínica. El suyo era un caso grave de estrés postraumático y desde ese enfoque se trató el tema, pero cada persona es un mundo y evoluciona de forma diferente.

—¿Quiere decir que no he progresado como debiera?

—Su progreso ha sido evidente en muchos sentidos pero el tratamiento debería haber finalizado hace ya algún tiempo. Usted ha ido superando las distintas etapas que son consecuencia de un episodio tan trágico como el suyo. En primer lugar la negación, entendida como la incapacidad de aceptar el suceso, la sensación de irrealidad y el bloqueo emocional. Después la rabia, la desesperación y la depresión. Incluso ha superado también la fase de culpabilidad.

El doctor hizo una pausa en su exposición, momento en el cual Sergio aprovechó para decir simplemente:

—¿Y?

—La última fase es la aceptación —prosiguió el doctor Viñals—, y pensamos que aún no la ha superado.

—No hay más remedio que aceptar lo inevitable. Precisamente creo que esta es la fase más sencilla de superar —contestó Sergio algo irritado.

—No si usted la entiende de esa manera, como una sumisión, o mejor dicho, una rendición ante su destino.

—¿Acaso no lo es? Debo asumirlo quiera o no. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Aceptar una desgracia significa aprender a vivir con el dolor de su recuerdo a la vez que rehacemos nuestra vida.

—Es lo que he hecho desde hace unos meses.

—No exactamente. Usted tuvo la baja por depresión y no volvió a tener contacto con su profesión hasta más de un año después, mientras se refugiaba en una burbuja a la que no permitía acceder ni a sus familiares ni a sus amigos. Luego, en contra del criterio de su psicólogo, cambió de residencia e incluso de lugar de trabajo.

—Sí, con la pretensión de empezar una nueva vida.

—Efectivamente, y es muy loable, pero creo que Jaime le explicó que eso es conveniente una vez superada la fase de aceptación. De no ser así se convierte tan solo en una huida.

—Yo no compartía esa apreciación.

—¿Acaso no reconoce que esa decisión ha sido un medio para escapar del dolor?

Sergio dudó en ese instante. Ya había tenido esa misma discusión con Jaime, el psicólogo.

—Por supuesto que sí, lo reconozco, me resulta intolerable ese vacío, esa ausencia. Tampoco puedo soportar la condescendencia de mis amigos, ni todo aquello que me hace recordar… Creo que intentar escapar de ese dolor, es la única forma que tengo de superarlo.

—Evadir los recuerdos, lo mismo que deshacerse de las pertenencias, no ayuda en esa tarea de superación. Es tan perjudicial como la actitud de las personas que pretenden mantenerlo todo en su lugar como si nada hubiese ocurrido, como si aún estuviera presente en su vida. Por mucho que nos cueste hay que aprender a vivir con ese dolor, y para ello debemos enfrentarnos a él.

—Bien, de acuerdo, según usted no he superado aún esa etapa. ¿¡Y qué es lo que pretende ahora!? —preguntó Sergio cuya irritación aumentaba por momentos.

—Por favor señor Fonseca, no me vea como su enemigo. Yo solo pretendo ayudarle.

—Lo siento, perdone mi tono.

—Jaime ha realizado un excelente trabajo con usted, aunque no le haya hecho caso en algunas de sus recomendaciones. Pero ahora quizá represente más un obstáculo que una solución para su total recuperación.

La expresión de asombro de Sergio fue más que evidente.

—¿Un obstáculo? Tengo plena confianza en él —afirmó tajante.

—Lo sé perfectamente. Pero se ha convertido en su único amigo, en su único confidente, un bastón en el que apoyarse para mantener su estabilidad. Pero no es suficiente, pretendemos que sea capaz de caminar por sí mismo. Ya es hora de abandonar las muletas.

—Pero usted mismo me acaba de decir que «*no he superado aún la fase de aceptación*» —Sergio puso especial énfasis al pronunciar estas palabras—, y ahora pretende dejarme solo.

—No, en absoluto, sigue necesitando ayuda, pero con otro tipo de terapia.

El rostro de Sergio no podía ocultar su incredulidad. El doctor Viñals lo advirtió, y pensó que quizá era mejor empezar a exponerle su propuesta sin más dilación.

—Estoy al corriente de los cambios que ha experimentado usted en los últimos meses, y de los que su psicólogo ha tenido noticias en la última sesión que tuvo con él —le comentó con cierto tono de reproche.

—No le di importancia en su momento. Pensé que se trataría de algo pasajero.

—Y ahora en cambio resulta inevitable.

—Efectivamente. Ya no aparece solo en mis sueños, sino que está presente en mi vida diaria, en cualquier momento y lugar.

—Y esa mujer que surgió súbitamente en sus sueños..., ¿se parece a alguien que conozca?

—No —afirmó Sergio con rotundidad.

—¿Se siente atraído por ella?

Sergio dudó durante unos instantes. En realidad no se había planteado aún esa cuestión. Finalmente respondió:

—Quizá sí, en cierto modo, no sé…

—¿Y en esos sueños, o incluso ahora ya en pleno estado de consciencia…, ha tenido algún tipo de fantasía sexual con ella?

—¡Claro que no! —respondió enérgicamente.

—No sería algo extraño. Tengo entendido que usted sigue sin tener vida social…

—No siento necesidad de tenerla.

—Bien. Quiero proponerle que acuda a la consulta de un colega mío. Un psicoanalista.

—¿¡Qué!? ¿Un psicoanalista? ¿Para qué? ¿Cree que me estoy volviendo loco? Ya tengo un psicólogo, con el que estoy muy bien por cierto, y a usted como psiquiatra… —Sergio no podía ocultar su desconcierto.

—Me ha preguntado para qué —dijo el doctor Viñals haciendo caso omiso al resto de sus preguntas—. Cuando usted acudió a nuestra clínica lo que necesitaba era recuperar su equilibrio, su bienestar psicológico, gravemente dañado por un fuerte trauma emocional. Jaime, como psicólogo clínico, era el profesional más adecuado para efectuar esta terapia, pero ahora debemos afrontar un problema diferente.

—¿Y cree que tumbándome en un diván y contándole a un desconocido las fantasías sexuales de mi niñez va a resolverse? —dijo Sergio en tono irónico a punto de levantarse en ese mismo instante y abandonar la consulta del psiquiatra.

—Eso es un estereotipo. El psicoanálisis parte de la premisa de que no tenemos un control consciente sobre algunas de nuestras experiencias vividas, y explora cómo estos factores inconscientes afectan a nuestros patrones de pensamiento, emoción y comportamiento.

El doctor hizo una pequeña pausa y a continuación prosiguió con su argumento:

—Usted mismo ha reconocido que esa mujer comenzó a aparecer en sus sueños hace ya algunos meses, y que se trata de una persona totalmente desconocida. Y que ahora también se le presenta en estado consciente, es decir, en cualquier momento del día, y de forma involuntaria.

—Sí, es cierto —admitió Sergio.

—Y lo que quizá es más grave aún, manifiesta que está desarrollando una imperiosa necesidad, por no decir «obsesión», por buscarla y encontrarla. ¿No es así?

—Sí.

—Pues creo que quien mejor puede ayudarle en este aspecto es el doctor Baumann, el psicoanalista que le recomiendo.

Sergio guardó silencio durante unos instantes. Ya no sentía esa irritación, muy al contrario, las palabras del psiquiatra le habían infundido esperanza. Precisamente le estaba abriendo la puerta a ese camino que él estaba intentando encontrar y recorrer.

—De acuerdo —respondió finalmente.

—Muy bien señor Fonseca. Me alegro de que acepte mi propuesta —dijo el psiquiatra mientras sacaba un impreso de uno de los cajones de su mesa—. Esta es una autorización para que podamos cederle al doctor Baumann sus datos e historial clínico. Es imprescindible que él lo conozca.

—Lo comprendo —dijo Sergio apresurándose a firmarlo—. ¿Y la medicación?

—De momento siga con el ansiolítico que está tomando. El doctor Baumann también es psiquiatra, así que él le prescribirá lo que estime oportuno cuando comience el nuevo tratamiento. Aquí tiene su tarjeta.

—Gracias. Le llamaré para pedirle cita.

—No hace falta. Yo le voy a llamar ahora y le contaré su caso. Su secretaria se pondrá en contacto con usted para concertarle una primera visita.

—Ah, muy bien. Esperaré su llamada entonces.

—De acuerdo. No obstante, si no está satisfecho con su nueva terapia, o le surge cualquier otro tipo de problema, siempre puede volver aquí y contarnos a Jaime o a mí lo que le ocurre —dijo el doctor Viñals levantándose de su asiento y dándole la mano a Sergio.

—Muchas gracias por todo. Espero que este nuevo tratamiento me ayude —respondió reconfortado abrazando la mano del doctor.

—Estoy convencido de que así será.

Sergio abandonó la consulta sintiendo en su interior un hálito de esperanza. Durante más de una hora estuvo deambulando por las calles de Madrid sin rumbo fijo, disfrutando del ocaso, de los tímidos rayos de sol en aquella fresca y apacible tarde primaveral. La inquietud y desazón que le había producido conocer que su psicólogo, al que también consideraba su amigo, dejaba de ser su terapeuta, se había transformado ahora en optimismo e ilusión.

En un primer momento había pensado que Jaime intentaría combatir la existencia de esa desconocida mujer, la que apareció sin previo aviso en uno de sus múltiples sueños, y que ahora se había instalado definitivamente en su vida cotidiana. Probablemente lo considerara nocivo para su recuperación, un pensamiento «obsesivo» que tendría que erradicar, y de ahí que se lo hubiese ocultado hasta ahora.

Necesitaba encontrar respuestas, o mejor aún, encontrarla a ella, a Luna.

Sí, tenía un nombre, resultaba necesario, ya no era una extraña. Surgió de forma tan imprevista como su imagen, sin saber por qué, pero un día la llamó así en su pensamiento. Hablaba con ella, le preguntaba más bien, aunque sin obtener respuesta alguna. Pese a ello, su muda compañía le reconfortaba.

La buscaría, estaba convencido de su existencia, y quizá ese psicoanalista le ayudara a encontrarla.

\* \* \*

**CAPÍTULO II**

—¡No le quitas el ojo de encima! —Exclamó Bea mirando con picardía a su amiga y compañera Alba—. Al final se dará cuenta si no lo ha hecho ya.

—¿Tú crees? Pienso que no se enteraría aunque yo fuera un elefante —sonrió la aludida.

—La verdad es que quizá tengas razón. Siempre está como ausente. Pero todos los demás sí que nos damos cuenta. Incluso Carmen, que parece querer competir contigo.

—Esa zorrita coquetea con todo el mundo.

—Sí, pero aunque solo sea por fastidiarte parece que últimamente está más interesada en él.

—Lo verá como un reto. En realidad no le hace caso a ninguna. Es un hombre un poco extraño.

—La verdad es que no está nada mal. Tiene «su aquél». ¿A ti te gusta, no?

—Me parece interesante.

—¿Sólo eso?

—Mujer, físicamente está muy bien, no se le puede negar. Una complexión fuerte, ojos negros y profundos…, y las manos, son muy bonitas, viriles y a la vez delicadas.

—Mal asunto. Si te has fijado ya en sus manos es que anhelas que te toque.

—¡Anda ya! Hoy tienes ganas de chincharme.

—¿Y qué me dices de su boca? Vaya labios, por favor. Son de pecado.

—¿Ahora quién se ha fijado en qué? Me voy a chivar a Luis, tu marido.

—Oye, que yo solo constato un hecho —se defendió Bea.

—Lo mismo he hecho yo al referirme a sus manos.

—Vale, de acuerdo, dejémonos ya de tonterías. El chico está muy bien y te gusta. Eso es todo.

—No sé si me gusta. Me parece interesante, ya te lo he dicho, pero en estos tres meses que lleva aquí apenas he podido tener unas palabras con él.

—No da pie. Aquí estamos todos en la sala de profesores tomando un café y conversando entre nosotros, y él en cambio, ahí solo, leyendo el periódico. No parece querer relacionarse con nadie.

—Y menos con las chicas. Me he dado cuenta de que es más receptivo con los hombres. A nosotras en cambio parece que nos huya.

—A ver si…

—Pues no sé, Bea. El otro día estaba a mi lado junto a la cafetera esperando que terminara de ponerme un café, y cuando me giré lo rocé intencionadamente.

—¿Y?

—Se apartó como si le hubiese picado una abeja. Incluso se disculpó.

—Rarito, rarito.

—Sí. El caso es que lleva una alianza.

—Ya me he fijado en ella. Pero aunque estuviese casado no tendría por qué comportarse de ese modo. Tan reservado, tan introvertido… Yo creo que más bien sería lo contrario.

—Podíamos preguntarle a Carmen. En secretaría tendrán su ficha…

—¿A esa? Ni hablar. A los dos minutos todo el mundo sabría que estás interesada en él.

—Pues es lo primero que me gustaría saber.

—Claro, pero quizá yo lo pueda averiguar por otro medio.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—El otro día le escuché hablando con Arturo. Le decía que antes de incorporarse aquí estaba de profesor en el Instituto Calderón de la Barca. Tengo una amiga que trabaja en ese centro. Quizá le conozca y me pueda decir algo sobre él. Esta noche la llamo.

—¡Genial!

—Venga, vámonos Alba, que ya ha sonado la campana.

\* \* \*

Sergio abandonó la sala de profesores, y mientras se dirigía por el corredor hacia su clase sintió la vibración de su móvil en el bolsillo del pantalón. Se apresuró a cogerlo. En la pantalla aparecía un número que no tenía registrado.

—¿Sí, dígame?

—¿Don Sergio Fonseca?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la consulta del doctor Baumann para concertarle una cita. ¿Le viene bien el próximo miércoles cuatro de mayo a las siete de la tarde?

—Sí, perfecto.

—Muy bien. Anotado queda. Llámenos por favor si no pudiera asistir.

—Por supuesto.

—Adiós señor Fonseca.

Sergio suspiró aliviado. Anoche no había podido conciliar el sueño. La ansiedad, la excitación, y un incomprensible temor se lo impidieron. Deseaba cuanto antes recibir esa llamada y abrir una nueva puerta a la esperanza.

Aún faltaba una semana para esa primera cita con su psicoanalista. Tendría que controlarse mientras tanto, y para ello lo mejor era rebajar sus expectativas. En realidad nada le aseguraba que en esta nueva terapia pudiera encontrar las respuestas que tanto necesitaba. Quizá se había ilusionado en exceso, y eso no le convenía. Si resultaba un fracaso su frustración sería enorme, y la depresión volvería a adueñarse de él.

Por primera vez desde que inició el tratamiento psicológico sentía una motivación por ver amanecer un nuevo día. La vida dejó de tener sentido para él, nadie le esperaba ya, ni le necesitaba tampoco, ¿para qué seguir viviendo entonces? Ahora en cambio, esa mujer de sus sueños le había proporcionado una razón para ello, aunque solo fuera por encontrar su significado. ¿Quién era ella? ¿Por qué aparecía en su mente sin previo aviso? ¿Qué pretendía?

\* \* \*

A la mañana siguiente cuando Alba llegó al instituto, Bea se encontraba en la puerta del patio, parecía estar esperándola. En contra de su habitual expresión de somnolencia a esas tempranas horas del día, hoy sus ojos lucían con un brillo especial. Rápidamente recordó la conversación del día anterior, quizá tuviera noticias para ella, pero se abstuvo de preguntarle. Simplemente la saludó con un comentario:

—Vaya, hoy parece que Luis te ha dado un buen despertar.

—Lo intenta a menudo pero siempre vamos con el tiempo pillado.

—Pero mujer, seguro que con diez minutos ya tiene suficiente —dijo Alba sonriendo.

—¿Diez? Y con cinco también le sobraría tiempo, jajaja. Un día me adelantó la alarma del despertador un cuarto de hora sin que yo me enterara, a ver si así no le ponía excusas…

—¿Y qué pasó?

—Pues lo que tenía que pasar. ¿Qué iba a hacer? No es una buena hora para mí, mi libido se despierta aún más tarde que yo, pero a él en cambio… También es cierto que luego la ducha te sienta genial, jajaja. Pero vamos, que hoy no ha habido nada de eso.

—Ahhh… ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Vamos Bea, que nos conocemos, tienes algo que contarme. No te andes con rodeos.

—¡Caray! Parezco un libro abierto.

—Para mí lo eres.

—Bueno, pues vale, te lo contaré. Con lo que a mí me gusta crear expectación…, y no me dejas.

—Quedan cinco minutos para que empecemos las clases y no voy a esperar hasta el recreo para que me lo cuentes. ¡Suéltalo ya!

—¡Vaaale, pesada! Anoche hablé con mi amiga del Instituto Calderón de la Barca.

—¿Y?

—Es viudo.

—¡Anda! ¿Tan joven? No podía sospecharlo.

—Ahora entiendo su actitud. No hace todavía dos años que su mujer y su único hijo murieron en un accidente de tráfico.

—¡Dios mío! ¡Qué fuerte!

—Pues sí. Menudo palo.

Alba se quedó realmente consternada. No podía imaginarse una desgracia semejante.

—Y el niño…, sería muy pequeño, ¿no?

—Tres años.

—¡Joder! ¡Qué puta es la vida!

—Hay algo más —comentó Bea mientras se dirigían a las clases.

—Dime.

—A él le dieron la baja por depresión, y ha estado así hasta estas navidades. Quiso reincorporarse después de reyes pero no en el Calderón de la Barca. Pidió el traslado, pero claro, con el curso ya empezado… Mi amiga no sabía nada de él, no ha vuelto a tener contacto con sus antiguos compañeros. Yo le he contado cómo ha llegado aquí, para cubrir la baja por maternidad de Merche.

—Sí, eso es lo único que sabíamos de él, que venía para hacer esa sustitución. Por eso al principio entendía que no se relacionara en exceso, al fin y al cabo su estancia aquí era provisional.

—Claro. Bueno, hay que trabajar. Nos vemos en el descanso.

—Hasta luego Bea.

Alba se dirigió hacia su clase de lengua y literatura de segundo de bachiller, algo aturdida aún por la noticia que terminaba de escuchar. Se imaginaba que a ella le hubiese ocurrido algo así. Le resultaba sencillamente aterrador.

Durante los dos años que había convivido con su ahora expareja Héctor, no se planteó en ningún momento tener un hijo. Deseaba ser madre, por supuesto, pero solo cuando en su hogar existiera el ambiente y la estabilidad necesarios para tomar esta decisión, y ese supuesto nunca llegó a darse con Héctor. Ahora se alegraba enormemente de haber evitado quedarse embarazada. Ese hijo hubiese significado una conexión de por vida con un hombre al que jamás deseaba volver a ver.

Entró en el aula, subió a la tarima y comenzó a instalar su ordenador portátil. En esta ocasión no pidió silencio a sus alumnos permitiendo que continuara el ambiente bullicioso previo al inicio de la clase. Con ello de alguna manera amortiguaba el impacto del trágico suceso que terminaba de conocer. En ese momento sentía una pena inmensa por ese hombre, por Sergio. Ahora entendía mejor esa tristeza infinita que en alguna ocasión le había parecido vislumbrar en sus ojos. Amable, correcto, educado…, pero distante y reservado, era todo lo que se desprendía de su actitud. Pero ¿cómo era él antes de ese trágico accidente?

Ahora tenía que apartar de su mente esos pensamientos. Afortunadamente hoy tenía que impartir un tema que le resultaba apasionante: La obra teatral de José Mª del Valle-Inclán, un autor por el que sentía una gran pasión. Se iba a centrar especialmente en el período posterior a 1920, situándola previamente dentro de su contexto. Frente al tipo de teatro que triunfaba entonces ante el gran público, como la comedia burguesa de Jacinto Benavente, el teatro poético de Eduardo Marquina o los hermanos Machado, y el cómico de Arniches, Quintero o Pedro Muñoz Seca, había surgido el teatro innovador de Valle-Inclán con el «esperpento» y el de García Lorca con su vanguardista "*La casa de Bernarda Alba"*. A este último le dedicaría la próxima clase.

Para ella Valle-Inclán estaba de moda por su contenido, muy de actualidad hoy en día. Él retrataba una España caduca, enfermiza, sin arraigo ni ética, donde la tragedia se vuelve esperpento, introduciendo la crítica social, el pesimismo y el desengaño. Hoy se centraría en la obra "*Luces de Bohemia"*, un descenso a los infiernos de la sociedad madrileña de entonces.

Y para ilustrarlo, después de una exposición general, tenía preparadas unas secuencias de la adaptación que el cineasta Mario Camús había realizado de esta obra, y también algunos fragmentos en vídeo del montaje teatral de *La Ortiga TDS*.

Alba, a sus treinta y un años, era una de las profesoras más valoradas por los estudiantes de bachillerato de su instituto. Amante de las artes escénicas, conseguía captar la atención de sus alumnos y convertir una asignatura «rollo», en una experiencia atractiva y apasionante. Y para ello empleaba habitualmente los medios audiovisuales de que disponía. «*No se puede estar hablando una hora de la generación del 98 y esperar que los alumnos te presten más de diez minutos de atención. Hay que mostrarlo, y hacerles partícipes de ello*» —decía.

Y esa participación la conseguía con los pequeños fragmentos teatrales que montaba a lo largo del curso escolar. De hecho había conseguido formar un grupo de teatro amateur con antiguos alumnos del instituto representando obras en colegios y centros sociales de Madrid.

Todo estaba ya a punto. En la pantalla de proyección se visualizaba la primera diapositiva del *power point* que había preparado. Alzó los ojos y observó a sus alumnos con atención. Era la única forma de poder eludir la imagen de Sergio en su mente. Poco después pronunció sus habituales palabras: «*Silencio, por favor, vamos a comenzar. Don Ramón María del Valle-Inclán*…»

\* \* \*

Nada más llegó el momento del almuerzo, Alba se apresuró a ir a la sala de profesores para hablar con Bea. Una idea le había estado rondando por la cabeza durante las clases.

No había llegado aún, así que se puso a preparar un café mientras sacaba de su bolso el pequeño tentempié que se traía de casa. Se sentía hambrienta. No pudo esperar a que el humeante y aromático líquido negro terminara de salir por la cafetera, y estando de pie le dio un primer bocado a su sándwich de pan integral, jamón de york, tomate y brotes de soja.

Con el bocata en una mano y la taza de café en la otra, Alba se giró, y allí estaba él, esperando su turno, en esta ocasión a una prudencial distancia de al menos un metro, mientras hojeaba su periódico.

«*Qué diferente te resulta una persona cuando sabes algo importante sobre su vida*» —pensaba mientras le observaba.

De pronto Sergio alzó sus oscuros ojos y la miró. «*¡Mierda! ¡Me ha pillado, aquí, como una boba, quieta y de pie mientras le miraba!*»

Antes de que pudiera reaccionar Sergio le preguntó con voz dulce:

—¿Has terminado?

—Sí, sí, claro, no sé dónde tenía la cabeza. Aún estaba pensando en la última clase que he dado —respondió Alba intentando disimular su situación.

«*Eso, estropéalo más aún, seguro que se ha dado cuenta*» —se reprendía a sí misma.

—No es de extrañar. Por lo que he oído tus clases son muy divertidas —alegó Sergio esbozando una ligera sonrisa.

—Intento que los alumnos se lo pasen bien aprendiendo, aunque creo que la que más disfruta soy yo.

«*Debería estar prohibido dejarte sonreír con esos labios de pecado. Demasiada provocación».*

—Las mías en cambio son bastante tediosas, y eso que el inglés les interesa, saben que les resulta útil, pero la gramática no deja de ser un peñazo.

—Lo mismo me ocurre a mí con la ortografía y sintaxis de la lengua castellana. Memorizar, además de aburrido, les cuesta mucho, y yo lo entiendo, son muchas y variadas asignaturas, pero hay formas más amenas de conseguirlo. Quizá podríamos colaborar tú y yo en ese sentido.

—Ah ¿sí? —respondió con expresión de sorpresa.

—¡Ahí está Bea! Bueno, te dejo, ya seguiremos hablando de esto.

—Sí, claro —dijo Sergio algo atónito mientras ella se separaba de él en busca de su amiga.

«*Era mejor que cortara yo antes de que lo hiciera él*» —pensó.

Cuando llegó a la altura de Bea, esta le susurró al oído:

—¿Qué haces ahí de cháchara con Sergio? ¿Te enteras de que es viudo y ya vas a por él? Respeta un poco el duelo, mujer —dijo en tono irónico.

—Ha surgido sin querer. De hecho creo que ha empezado él.

—Me extraña, pero bueno, si tú lo dices… ¿Y de qué hablabais?

—Nada, cosas de clase. Pero lo que quiero comentarte es otra cosa, y ya nos queda poco tiempo.

—Acompáñame a ponerme el café y me lo vas contando. ¿De qué se trata?

—Desde que esta mañana me has contado la tragedia de Sergio no he dejado de darle vueltas.

—¿Vueltas a qué?

—Pues que ahora que lo sabemos no podemos estar indiferentes ante lo que le ha ocurrido.

—No sé a qué te refieres con lo de estar «indiferentes».

—Mujer, antes pensábamos que simplemente era un hombre introvertido y muy reservado, sin deseos de comunicarse ni de establecer relaciones. Pero en realidad se trata de una persona que debe sentirse muy sola y necesitada de ayuda.

—Que buena samaritana te has vuelto ¿A dónde quieres ir a parar?

—Este sábado es tu cumpleaños.

—Sí. Precisamente el viernes pensaba traer unas cosillas para picar, como ya es costumbre entre nosotros.

—Podías organizar una pequeña fiesta en tu casa, una merienda a base de canapés y cosas así…

—Y querrás que lo invite a él, claro —comentó Bea con picardía como un pensamiento en voz alta.

—De eso se trata.

—¿Pero no entiendes que tendría que invitar a todos nuestros compañeros?

—¿Por qué? Basta con que invites a dos o tres, o cuatro como mucho.

—Mujer, porque los demás se pueden sentir agraviados.

—Pues no, porque ellos no están en la situación de Sergio.

Bea se quedó unos instantes en silencio madurando la propuesta de Alba.

—Tengo que consultarlo con Luis.

—Venga Bea, que tu marido hace todo lo que quieres.

—Ya, pero igual tiene otros planes para el sábado.

—Eso sí, claro, no lo había pensado —respondió Alba sin poder evitar su desencanto.

—Esta noche hablo con él y te digo algo. Intentaré convencerlo si me pone trabas —dijo Bea procurando animar a su amiga.

—Mañana ya es jueves. No podemos esperar al último día para invitarlos.

—Lo sé.

—Bien, pues ya me dirás mañana. Venga, vámonos o llegaremos tarde a las clases.

—Sí, vamos.

Mientras caminaban apresuradamente por el corredor del instituto, Bea no dejaba de pensar en Alba. Por fin, después de casi dos años, la veía motivada hacia un hombre. Quizá solo fuera compasión, o quizá algo más, pero en todo caso ver ese atisbo de ilusión en sus ojos la reconfortaba. Su fracaso sentimental con Héctor, su expareja, le había hecho perder el deseo de tener nuevamente una relación seria con un hombre. Salía de vez en cuando, incluso le permitía algún desahogo sexual a su cuerpo cuando el chico le resultaba atractivo, pero se negaba a cualquier clase de compromiso.

Cuando te decepciona un hombre del que te has llegado a enamorar, las secuelas son inevitables, pero en el caso de Alba mucho más aún por lo dramática que resultó su ruptura. Héctor se negaba a aceptarla, y afortunadamente, su ingreso en prisión facilitó que ella pudiera abandonarlo, al menos por el momento.

\* \* \*

**CAPÍTULO III**

En esta ocasión era Alba la que esperaba impaciente la llegada de Bea en la puerta exterior del instituto. Nada más la vio supo cuál era la respuesta que le iba a dar. Aun así intentó disimularlo.

—¿Qué? —le preguntó fingiendo no sospechar nada.

—¿Qué de qué?

—Bea…

—Vale. Sí, de acuerdo, vamos a hacerlo.

—¡Estupendo! ¿Luis te ha puesto alguna pega?

—Me ha insinuado que después tendré que compensarlo.

—Ay Bea, siento que tengas que sacrificarte —dijo Alba con ironía.

—Por cumplir los deseos de una buena amiga estoy dispuesta a todo —respondió con una sonora carcajada.

—¿Y has decidido a qué compañeros vas a invitar?

—Pues había pensado en Arturo, ya que le hemos visto en alguna ocasión hablando con él, y a su mujer, claro. Además invitaremos a Mario y Vanesa, que también son amigos tuyos, y a Ricardo y Miriam. Con eso ya seríamos diez. Creo que es suficiente, ¿no?

—Yo creo que sí.

—Con Carmen también ha hablado de vez en cuando…

—¿Y qué?

—Mujer, si se trata de que se sienta arropado entre gente desconocida…

—Ya nos tiene a nosotras dos, y a Arturo. Es suficiente, ¿no crees?

—Yo es que no quiero follones después.

—¡Pero si tú no tragas a Carmen!

—Mujer, tampoco es eso. Pero ya sabes que después le gusta mucho darle al pico, y seguro que le molesta que no la invite, y más yendo Sergio.

—Sí claro, a ella le gustaría ir para pavonearse como siempre delante de todos. Le encanta ser el centro de atención. Seguro que hasta coquetearía con tu marido —dijo Alba enojada por la sugerencia de su amiga.

—Hay que reconocer que tiene arte para eso —respondió Bea haciendo caso omiso al comentario de su amiga.

—Lo que no tiene es vergüenza. Es una calienta braguetas. No sé cómo puedes estar pensando en invitarla. Mira, mejor lo dejamos y ya está.

—A ti no te cae nada bien, eh.

—¿Y a ti sí?

—Qué va, para nada.

—Entonces no sé por qué la quieres incluir. ¿Por miedo a sus críticas? Pues yo me las pasaría por donde tú sabes.

—A mí es que no me gusta tener malos rollos con los compañeros.

—Te lo acabo de decir Bea. Sí crees que esto te puede ocasionar algún problema, pues lo olvidas y ya está. Al fin y al cabo Sergio no es amigo nuestro, solo un compañero al que apenas conocemos. No tenemos ninguna obligación con él.

—Ya, pero tú quieres ayudarle.

—Yo imagino que, dadas sus circunstancias, le vendría bien relacionarse un poco. Igual estamos aquí discutiendo sobre a quién invitar y a quién no, y luego él rechaza el ofrecimiento.

—Es muy posible, no lo había pensado.

—Pero también te digo que si piensas incluir a Carmen, no cuentes conmigo —dijo Alba sin poder disimular cierta irritación.

—Vale, de acuerdo, dejamos fuera a Carmen.

—Muy bien —respondió Alba aliviada—. Tenemos que decírselo hoy, durante el descanso, no debemos esperar hasta mañana viernes.

—¿Y quién se lo dice?

—Pues tú, quién va a ser. Eres la anfitriona.

—Pero yo apenas he cruzado un par de palabras con él. Le parecerá extraño, y lo más seguro es que me ponga alguna excusa para no venir.

—Sí, es posible. —Después de meditarlo un instante, Alba añadió—: Se lo diremos las dos juntas, si te parece.

—Mucho mejor. Bien, ya lo tenemos hablado. Nos vemos en el descanso. Hasta luego.

—Hasta luego Bea —respondió intentando dulcificar su voz.

Alba sabía que a su amiga le gustaba quedar bien con todo el mundo, pero la simple idea de imaginarse a Carmen coqueteando con Sergio le causaba una gran irritación. No soportaba a esa mujer, y probablemente, siendo sincera consigo misma, se debiera a que ella adolecía de ese “arte” al que Bea se había referido antes. Ese ingenio para captar la atención de los hombres sin parecer pretenderlo, la sutil seducción que era capaz de ejercer con sus movimientos, con sus gestos, y con su peculiar forma de hablar mirando directamente a los ojos de ellos aterciopelando su voz, con ese timbre tan sensual que era capaz de imprimir a sus palabras.

Alba no se sentía capaz de hacer algo así, y no era por timidez, tenía carácter y valentía, era más bien por orgullo. Su excesivo prurito feminista le impedía recurrir a esas argucias.

En más de una ocasión, mientras duró su relación con Héctor, se lo había reprochado a sí misma. Sabía que los hombres pueden resultar mucho más dóciles si una mujer se lo propone, pero esa actitud a ella le parecía caduca y trasnochada, y sobre todo servil, iba en contra de sus principios.

Héctor era un hombre de fuerte carácter, incluso violento en ocasiones. Desde el primer momento ella supo mantenerse en su lugar, y no ceder ante esa dominación que él no se cansaba de intentar. Durante el noviazgo le resultó más sencillo encontrar ese equilibrio. Tenían numerosas discusiones, sí, pero al otro día la mutua atracción superaba cualquier resto de rencor que pudiera quedar entre ambos.

Alba atribuía esa excesiva vehemencia de él, sus exabruptos, y su desmedida ira durante las discusiones, a su profesión. Como policía nacional probablemente tuviera que vivir en su trabajo situaciones muy duras, no exentas de violencia, y para un hombre con tanto carácter no debería resultar fácil ser luego tierno y dulce con ella.

Pese a esos obstáculos lograron superar tres años como amantes. Así es como Alba lo veía, como un amante más que como un novio. No conseguía penetrar en su interior, conocerlo en profundidad, él no se lo permitía, y así ella tampoco era capaz de abrir su corazón y entregarse por completo a él. Faltaba esa simbiosis que a ella le resultaba tan necesaria.

Alba nunca soñó con un príncipe azul, no necesitaba ser rescatada de ninguna mazmorra, ni salvada de un hipotético dragón. Ella anhelaba un hombre al que admirar, al que entregarse en cuerpo y alma, pero que a la vez fuera su mejor amigo, su compañero ideal para ese largo e imprevisible viaje que significa la vida. Quería sentir la protección de su amor, y no la de la fuerza de sus músculos.

Pese a todas sus dudas, Alba aceptó iniciar una convivencia con él, pensando que una relación mucho más estrecha le permitiría conocerlo con mayor profundidad y modelar su colérico carácter. Muy al contrario, durante los dos años que vivieron juntos todas esas diferencias se agravaron, aumentando además la violencia de las discusiones. Alba le dio una oportunidad tras otra; cada vez que él se lo pedía ella le perdonaba su exceso de vehemencia, su irritabilidad y su falta de consideración, confiando en que poco a poco conseguiría templar su carácter. Fue inútil. Soportó insultos y vejaciones de todo tipo, hasta que un día la abofeteó y entonces ella quiso abandonarlo.

Pese a los veintiún meses que habían transcurrido, aún se despertaba en ocasiones de madrugada soñando con la discusión de aquella noche, la última que tuvieron juntos. Recordaba sus hirientes palabras llenas de desprecio, y, sobre todo, sus ojos manifestando una ira incontenible, una cólera sin precedentes hasta aquél momento:

—¿¡Quieres abandonarme!? ¡Eso jamás! ¡No te lo permitiré! ¿Pero quién te has creído que eres?

—Héctor, esto no funciona, no somos felices ni tú ni yo —respondía Alba con voz sosegada intentando rebajar el tono de la discusión, mientras acercaba una mano a su enrojecida mejilla intentando mitigar su creciente dolor.

—¡No funciona por tu culpa, porque tú no quieres! Siempre alardeando de tu superioridad intelectual, siempre haciéndome sentir pequeño, menospreciándome…

En muchas ocasiones Héctor recurría a este argumento para justificar su arrebato. Él tan solo poseía estudios básicos y nunca se había preocupado en mejorar su formación. Tampoco se interesaba por las actividades culturales que hacían tan feliz a Alba. Las despreciaba, de igual modo que odiaba a todos sus amigos y pretendía aislarla de ellos calificándoles de pedantes, engreídos y parásitos.

Al principio Alba cedió un poco a sus pretensiones. Las atribuía a una falta de confianza en sí mismo, de autoestima, o probablemente, a un complejo de inferioridad que intentaba disimular.

—¡Eres tú el que siempre se ha mantenido al margen! Nunca has querido integrarte en mi grupo de amigos, participar en mis actividades…

—¡Para qué! —la interrumpió—. ¡Para que me pongan en ridículo, para que me restrieguen por la cara mi incultura!

—Nunca han pretendido eso, Héctor. Siempre han sido amables contigo.

—¡Son un atajo de gilipollas! ¡Unos progres de mierda! Y ese Alfredo lo único que quiere es acostarse contigo, si no lo ha hecho ya…

—Alfredo es un director de teatro que me ayuda en los montajes de mis alumnos. Un buen amigo, nada más —respondió Alba haciendo caso omiso a su insinuación.

—¿¡Y para eso os tenéis que ver después de cenar!?

—Es cuando todos estamos libres para reunirnos. Y yo siempre te he propuesto que me acompañaras. Como he hecho hoy —añadió Alba recordando que tan solo unos minutos antes esta misma discusión había terminado con la bofetada de Héctor.

—¡Y yo te he dicho que se terminaron esas salidas con la excusa del teatro! ¡No pienso ir de cornudo por ahí!

—Mira Héctor, esto se ha acabado. No pienso aguantar esta discusión por más tiempo, y desde luego no pienso permitir que vuelvas a ponerme la mano encima. ¡Jamás! ¿¡Me oyes! —añadió Alba con plena convicción—. Ahora mismo recojo unas cosas y me voy. Ya volveré a por el resto.

No pudo mirar a los ojos de Héctor. No le hacía falta. Imaginaba perfectamente su expresión. Simplemente abandonó el salón y se dirigió al dormitorio.

Una vez allí se detuvo un instante a contemplar la estancia. Miró el lecho y una multitud de imágenes de pasión brotaron de su mente, y también aquellas en las que ella dormía, o fingía dormir más bien, después de una de sus frecuentes discusiones. No quería permanecer allí por más tiempo, ni que le asaltaran las dudas en la decisión que acababa de tomar. Sabía que era la correcta, la que debía haber adoptado hacía ya mucho tiempo. Afortunadamente, en esta ocasión él no parecía tener intención de disculparse, de mostrarle su arrepentimiento. Mejor así, mucho mejor, porque esta vez, muy a su pesar, no podría perdonarlo.

Respiró hondo y se obligó a no pensar en nada más, solo en lo que tenía que hacer en ese instante, recoger lo esencial, lo más necesario a corto plazo y marcharse de allí cuánto antes. «¿*A dónde?*» —Se preguntó en ese instante—. «*A un hotel —*se respondió rápidamente*—, al menos esta noche. Quizá mañana ya hable con mi madre y le cuente lo que ha pasado*».

Abrió un armario, cogió una gran bolsa de viaje y empezó a introducir ropa en ella. No tenía que reflexionar sobre esa cuestión, su mente era capaz de funcionar ajena a su pensamiento y decidir por sí misma que prendas escoger. Lo hacía de forma sistemática y ordenada, como si lo hubiera ensayado previamente. El resto de su mente quedaba libre para replantearse lo que estaba haciendo, algo que precisamente quería evitar.

Pero para su sorpresa, en esta ocasión no le asaltaba ninguna duda, no tenía conflicto alguno en su interior. Su otro yo, ese que siempre le reclamaba paciencia, sentido común y generosidad, parecía estar de acuerdo con su decisión, o al menos se mantenía al margen. Incluso la embargaba una cierta sensación de liberación a la par que de tristeza. A veces nos aferramos a aquello que hemos construido, o pretendido construir, simplemente porque no nos sentimos capaces de empezar otra vez, y no hay mayor sensación de libertad y de motivación en la vida que comenzar un nuevo día diferente al anterior.

Estaba echando al traste cinco años de su vida invertidos en una relación que ahora veía sin futuro alguno, y de la que hasta ese mismo instante se había sentido prisionera. Ahora se daba cuenta de su necesidad de liberación, de pasar página a este fragmento de su vida, de comenzar de nuevo, y pensar en ello le producía ilusión. ¿Qué mejor prueba había de que estaba haciendo lo correcto? Era consciente de que luego, en soledad, le asaltarían las dudas, el arrepentimiento, la tentación de regresar, pero no se lo permitiría a sí misma. Jamás volvería a sentirse humillada como esta noche, jamás consentiría que un hombre volviese a abofetearla por muy enamorada que estuviese de él.

Una sombra a su espalda la sobresaltó en ese instante. Absorta en sus pensamientos no se había dado cuenta de la presencia de Héctor. Cuando se giró y lo vio, todo su cuerpo se estremeció de terror. Con el rostro desencajado él le mostraba lo que llevaba en su mano, y lentamente lo fue acercando al rostro de ella hasta hacerle sentir en su mejilla el contacto con el frio acero de la pistola.

Un escalofrío la recorrió en ese instante y su piel se erizó, pero se sentía incapaz de pronunciar palabra alguna en ese momento, aunque mantenía impertérrita la atroz mirada de Héctor mientras escuchaba sus palabras:

—Te he dicho que no pensaba permitirlo —decía con una voz cuyo tono le helaba la sangre—. Si pretendes salir de aquí será con los pies por delante.

Alba dudaba de si realmente él sería capaz de hacer algo semejante. Nunca había conseguido penetrar en sus más ocultos pensamientos, y menos aún de prever esta reacción en él. No podía evitar que el miedo atenazara su cuerpo, incluso que el horror que sentía en ese instante la enmudeciera, pero afortunadamente, su mente parecía eludir esa presión y le ofrecía con lucidez sus posibles alternativas. Si cedía a sus pretensiones jamás volvería a ser libre y se convertiría en su cautiva de por vida. Si se negaba quizá él llevara adelante su amenaza.

Había una tercera posibilidad, que no era otra que salvar momentáneamente la situación renunciando a seguir recogiendo sus cosas, para hacerlo al día siguiente cuando él se fuese al trabajo. La desechó rápidamente. Si ahora estaba dispuesto a matarla, con mucha más razón lo haría al otro día sintiéndose engañado por ella.

Blanco o negro. Vida o muerte. Una ligera sonrisa acudió a los labios de Alba sin que llegara a manifestarse. Le parecía estar representando una obra teatral, *Otelo*, de William Shakespeare, una tragedia que ella había montado con sus alumnos hacía algo más de un año. «*Una defensa de mi inconsciente —*se decía a sí misma*—, para eludir el pánico que siento ahora mismo*».

Afortunadamente su temor no interfería en la lucidez de su mente que le ofrecía con claridad la solución a sus dudas. No podía ceder, sería como morir en vida, aplazar lo inevitable para llegar más tarde al mismo final. Ya lo había visto demasiadas veces en las noticias, y ella era una firme defensora de la lucha contra la violencia de género. Le resultaba irónico pensar en ello en estos momentos cuando a lo largo de los últimos dos años había soportado más insultos de los que podía recordar. Y ahora, finalmente, esa bofetada que la hería más en su alma que en su cuerpo.

Ceder ahora para denunciarlo mañana tampoco le parecía una solución, y más siendo Héctor policía, probablemente alentaría aún más si cabe su pretensión de matarla. No, no había más alternativa que enfrentarse a ello, y confiar en que tan solo fuera una simple amenaza incapaz finalmente de llevarla a cabo.

Aún le quedaban muchas cosas esenciales por recoger pero no podía demorarse por más tiempo. Cargó la bolsa de viaje sobre su hombro y le miró un instante, el necesario para decirle «*adiós Héctor*», y se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—¡Alba! —Gritó él, pero ella no se volvió.

—¡Alba! —Volvió a repetir con un estallido de su voz.

Lentamente ella se dio la vuelta y se estremeció contemplando lo que veían sus ojos. Héctor apretaba con firmeza el cañón de su pistola contra su sien. Observó su mano, no temblaba lo más mínimo, como tampoco su dedo en el gatillo. Por un instante anticipó mentalmente lo que quizá estaba a punto de ocurrir, y la escena la dejó horrorizada. El hombre al que había amado durante tanto tiempo cayendo lentamente a sus pies con la cabeza reventada, la pared salpicada de restos ensangrentados… Sintió náuseas mientras un escalofrío recorría su cuerpo.

—Quizá no sea capaz de dispararte a ti, pero sí que puedo hacerlo contra mí —afirmó Héctor con decisión.

Alba no podía, no debía expresar ninguna duda en ese instante. Ya no había posibilidad de vuelta atrás. No podía aceptar ese chantaje emocional.

—Encontrarás a otra mujer mucho mejor que yo —dijo Alba con toda la serenidad de que fue capaz—, y serás feliz con ella. Tienes, tenemos, toda una vida por delante.

—Tú quizá sí, pero yo no deseo vivir si no es contigo. Tu conciencia cargará con mi muerte durante el resto de tu vida.

Alba no sabía qué responder en ese momento. Era consciente de que tenía que salir de allí cuanto antes pero tenía que evitar ese trágico desenlace. Solo quería huir de Héctor, alejarse de él y empezar una nueva vida, pero no deseaba su muerte, y no sabía cómo impedirlo.

En ese instante sonó el timbre de la puerta de la vivienda. Una vez, y otra, y otra más, con urgencia, seguidos de reiterados e insistentes golpes sobre la puerta. Por un momento ambos se quedaron inmóviles sin saber qué decir ni qué hacer.

Lentamente Héctor bajó la pistola y entonces Alba se dirigió hacia la puerta, y antes de que llegara a ella escuchó una fuerte voz que venía del otro lado de la misma:

—¡Abra la puerta! ¡Somos la policía!

Aquella misma noche se llevaron a Héctor detenido a la comisaría. De allí pasó a disposición judicial, y luego directamente al centro penitenciario de Navalcarnero ya que el juez decretó prisión provisional sin fianza. Ocho meses después, una vez concluido el juicio, fue condenado a tres años de cárcel y seis de inhabilitación por cohecho y complicidad con una organización criminal dedicada a la evasión fiscal y el blanqueo de capitales. Dos agentes de asuntos internos camuflados como refuerzo en su unidad de la UDEF habían llevado a cabo la investigación, y aunque actuaron bajo mandato judicial, probablemente Héctor tuviera indicios de ello, y de ahí quizá su comportamiento de aquella noche que Alba jamás olvidaría.

Tres meses después de su encarcelamiento ella fue a verle a la cárcel. Quería dejarle claro que iba a empezar una nueva vida, y que jamás volverían a estar juntos. Pensó que era mejor decírselo cara a cara y con decisión, para que no albergara así ninguna esperanza.

Cuando le vio apenas consiguió reconocerlo. Ese hombre que siempre le había resultado tan viril, tan atractivo físicamente, ahora no parecía el mismo. Enjuto, con la barba descuidada de varios días, el pelo prácticamente rapado, los ojos hundidos, y sobre todo, esa expresión, o más bien actitud, desafiante y envilecida. Viéndolo ahora le resultaba imposible imaginar que tiempo atrás hubiera estado enamorada de él. No pudo evitar sentir una profunda tristeza, y un sentimiento de lástima la embargó.

 La conversación apenas duró cinco minutos. En realidad, no fue tal, tan solo un monólogo que Alba había estado ensayando reiteradamente frente al espejo para conseguir la mayor firmeza, convicción y rotundidad en todo lo que tenía decirle. Le informaba de su decisión sin esperar respuesta alguna por su parte.

Al poco de comenzar y sin pretenderlo, los ojos de Alba se tornaron acuosos, y ella bajo ningún concepto quería derramar una sola lágrima en su presencia. Abrevió su discurso para llegar cuanto antes a lo que finalmente tenía que decirle:

—La semana que viene me traslado a otro apartamento. He recogido todas tus cosas y las he empaquetado en cajas de cartón. Una empresa de mudanzas se las ha llevado a su almacén de guardamuebles y allí estarán hasta que salgas de la cárcel y decidas recogerlas. Aquí tienes la llave del trastero donde lo han dejado todo, incluida la bicicleta, las pesas, tus raquetas de pádel…, en fin, todo.

Hasta ese momento él escuchaba sin pestañear lo que Alba le decía. Solo en este instante rompió su silencio para increparla gritando:

—¡¿Has estado hurgando entre mis cosas?!

—No, para nada, no tengo ningún interés en hacerlo, tal cual estaban las metí en las cajas —respondió ella extrañada por la insólita reacción de Héctor. «*Quizá sí que debía haberlo hecho —*pensó Alba en ese instante*—, era la ocasión ideal para ver qué cosas me ha podido estar ocultando desde que empezamos a vivir juntos*».

No le dio tiempo a reflexionar sobre ello. Héctor se levantó como impulsado por un resorte y le lanzó la llave contra su pecho, a la vez que le decía lleno de ira:

—¡Ya me dirás dónde están mis cosas cuando salga de aquí y vuelva a por ti! ¡Te encontraré!

Esa frase, dieciocho meses después, aún seguía golpeando la mente de Alba. Aunque se mudó de apartamento sabía que no tendría ninguna dificultad para localizarla, ella continuaba trabajando en el mismo instituto, pero aun así confiaba en que, con el tiempo, él finalmente desechara la idea de regresar con ella.

\* \* \*